



La semántica del siglo pasado y la emergencia de la “sociedad”

*“La sociedad está ahora observando a la justicia”
(Escuchado al pasar en un programa de opinión de la TV local)*

Cuando yo era joven –hace más de medio siglo– la sociedad “apenas existía” para el común de los mortales. Aunque ello pueda resultar ahora increíble, no sólo la sociología era entonces una disciplina poco o nada conocida sino que también la sociedad misma era un concepto que manejaba solo un puñado de intelectuales. Podría decirse al respecto que la sociedad que en la actualidad nos resulta algo tan tangible y familiar gracias a las redes sociales ha sido para mi generación una novedad propia de la segunda mitad del siglo pasado comparable a cosas tales como los celulares, la computación o la pintura abstracta. En el colegio en el cual cursara mis estudios secundarios –durante la Presidencia de Perón– nadie hablaba de la “sociedad argentina” sino de la “república” o la “nación argentina”. Obviamente, tampoco se dictaba una materia denominada “sociología”; solo existía algo que después de la Revolución Libertadora se llamaría “Instrucción Cívica”, una materia destinada a estudiar la Constitución Nacional.

Recuerdo también que en los matutinos de Buenos Aires que mi padre compraba regularmente solían incluir una sección específica llamada “sociales” que comprendía noticias acerca de acontecimientos tales como los bautizos y casamientos de personas con doble apellido, es decir, de notables pertenecientes a la “aristocracia” local.

Lo más parecido a lo que ahora entendemos por “sociedad” que teníamos por entonces a mano era la noción de “pueblo” pero ella correspondía para nosotros a la de residentes de alguna localidad de este país, preferentemente pequeña (los “pueblerinos”), o bien designaba a los autores a menudo anónimos de lo que por entonces se denominaba “folclore”.

La relación entre los que pertenecen al pueblo y las clases sociales eran entonces, como lo son ahora, ambiguas y problemáticas. En ciertas circunstancias el pueblo comprendía a todos los que hubieran nacido en este país en tanto que en otras abarcaba a las clases medias y bajas pero no a los sectores altos.¹

Perón en su recopilación de fragmentos de discursos editada hacia comienzos de su primera gestión con el título de *Doctrina Peronista* cuando habla del “pueblo argentino” se refiere a éste como a un conglomerado de individuos unificados ora por sentimientos políticos comunes (su patriotismo) o por rasgos de personalidad también vinculados a la política (su lealtad).²

La misma Constitución Nacional Argentina de 1853 no define qué es el pueblo. Lo menciona en la primera línea de su prólogo para indicar que dicho texto fue obra de “nos[otros] los representantes del pueblo argentino” y vuelve a mencionarlo en su artículo 22 para advertirnos que “El pueblo no delibera ni gobierna, sino por medio de sus representantes y autoridades creadas por esta Constitución. Toda fuerza armada o reunión de personas que se atribuya los derechos del pueblo y peticione a nombre de éste, comete delito de sedición”. Es decir, el pueblo es concebido como un colectivo prepolítico o extrapolítico, algo menos que la opinión pública y diferente de la ciudadanía, situado en los márgenes del estado-nación pero siempre potencialmente subversivo.

Por ese motivo afirmé que, antes de 1950, para mi generación la sociedad “casi no existía”: se trataba de algo cuasi informe, carente de forma y de dinámica propia que sólo podía recibir algún predicado si era incorporada a una perspectiva legal y política. Sólo de esa manera podía ser concretada: como “sociedad argentina”. Tenía el curioso status legal que aún tienen en muchos cuerpos legales los nonatos, es decir, ninguno.

En la actualidad, la sociedad (a secas, ya no es imprescindible asociarla al estado-nación) es algo totalmente diferente y tiene un estatus mucho más digno aunque, como el término “pueblo”, sigue aun reteniendo su carga potencialmente sediciosa.

De manera lenta y subrepticia se ha difundido entre nosotros un nuevo significado de lo que es la sociedad. Si escuchamos atentamente de qué manera se usa ahora esa palabra

1 Recuerdo que cuando empecé a trabajar en una consultora de marketing comercial -siendo todavía estudiante de sociología- se empleaba la nomenclatura norteamericana “A, B, C, D, E” para designar a los llamados “niveles socioeconómicos”. Esta tenía la ventaja de ser políticamente neutral, es decir, no hacía referencia a las clases sociales marxistas y nos evitaba tener que referirnos a los sectores menos favorecidos empleando rótulos desagradables tales como “pobres”, “marginales” o de la “clase baja”.

2 Perón, Juan: Perón expone su doctrina, Subsecretaría de Informaciones de la Presidencia de la Nación, sin fecha ni lugar de edición (¿1947?), p. 43.

en los medios de comunicación observaremos que **comprende al conjunto de todas las persona que no son autoridades ni funcionarios públicos y que a menudo está asociada a la irrupción en el escenario público de un grupo de individuos que critican a las autoridades por no haber podido evitar algún mal social y, a la vez, reclaman una participación más intensa de ellas en el futuro inmediato.**

Dicha nueva acepción del término “sociedad” amalgama por lo menos tres ingredientes fundamentales: **a) da por sentado que el Estado argentino es ineficaz, está ausente en áreas de la vida social en el cual debería operar para proteger a sus integrantes; b) en tanto separa a la gente común de los políticos supone implícitamente que la crisis de representación es la condición normal de nuestra comunidad y, c), interpela a las autoridades calificándola de ineficaces en tanto que, a la vez, reclama una mayor participación de ellas en nuestros asuntos.**

Todo ello nos muestra, a mi juicio, algo que podría ser considerado como la paradoja central de la política: cuando esa actividad específica fracasa, sus víctimas no tienen más remedio que recurrir a los políticos para resolver el problema; nadie puede sustraerse a ella aunque lo desee.

Sólo la política goza de esa curiosa propiedad autorreferencial, es decir, en lenguaje familiar, la de “darse manija a sí misma” cualesquiera sean sus resultados. Si los médicos no logran aliviarme de un achaque puedo siempre optar por consultar con un curandero, con un sacerdote o drogarme. En cambio, en política, las respuestas alternativas están siempre clausuradas: la única manera de escapar de la mala política es hacer más política. También nos remite a un fenómeno hace tiempo investigado en el siglo pasado por los analistas de la ideología: **lo que embota nuestra capacidad crítica no es aquello de lo cual estamos hablando sino lo que no observamos pero damos por sabido cuanto tomamos la palabra.** Apenas se reflexiona sobre este fenómeno nos resulta imposible sustraernos de la molesta idea (¿o sensación?) de que **el orden social es posible sólo en la medida en que sus fundamentos logran permanecer en las sombras.** Eso que no podemos ver plenamente es lo que produce el milagro de que costumbres ridículas y a menudo tóxicas nos resulten “naturales” y, por ende, ajena a nuestra agenda.

Desde este punto de vista el repertorio de vocablos que los emisores empleen para denotar colectivos sociales, las maneras que adopten para diferenciarlos y los distintos tipos de relaciones que establezcan entre ellos tiene una importancia fundamental para aprehender los procesos históricos de transformación de los mapas mentales que empleamos cotidianamente para actuar y formular opiniones políticas. Transformaciones que,

examinadas desde otros enfoques – por ejemplo, desde la historia política de un país o desde los datos de generados por las encuestas de opinión pública- pueden ayudarnos a adquirir una visión más rica de qué es lo que nos está pasando.

El desplazamiento de la palabra “sociedad” y “Estado” arriba comentado desde una posición de estrecha articulación mutua acompañada por una clara preeminencia del ingrediente estatal a otra relación de mutua oposición con incipiente acento en lo social indica a mi juicio que relaciones entre actores sociales no reguladas legalmente han “rebasado”, por así decirlo, a la representación decimonónica implícita en el texto de nuestra Carta Magna. Esto sirve para explicarse por qué para muchos de nosotros la “historia oficial” es a menudo considerada sinónimo de “mentira oficial” y el discurso de la ex Presidente Cristina Fernández de Kirchner fuera rotulado como “relato”, es decir, como una ficción.

Dichos desplazamientos del significado comprenden a mi juicio términos **fuertes** –los abajo indicados en negrita y subrayados- y otros débiles –indicados con la tipografía normal y no subrayados- así como también relaciones de diversa índole entre ellos –tales como *absorción*; *oposición* y *anulación* que escribo en itálica. Adoptando esa nomenclatura, todo lo desarrollado acerca de la emergencia de la sociedad entre nosotros puede esquematizarse diciendo que se trata del pasaje de la semántica indicada en el diagrama 1A a la del 1B:

Sociedad → **Estado** (1A) (*Absorción*)

Sociedad / Estado (1B) (*Oposición*)

Analogamente, el derrotero de la noción de “pueblo” desde el prólogo de la Constitución Nacional hasta su artículo 22 podría esquematizarse de la siguiente manera:

Pueblo → Estado (2A) (*Absorción*)

Estado → ~~Pueblo~~ (2B) (*Anulación*)

Estas tematizaciones de los colectivos, obviamente, no agotan el universo de discurso que fui conociendo en el siglo pasado. Por ejemplo: existía entre nosotros algunas personas exóticas –generalmente artistas o filósofos de orientación existencialista- que cortaban la torta semántica de manera totalmente diferente. Ponían por un lado tanto a la sociedad como al Estado en un misma tajada y enfrentaban ambas entidades al individuo caracterizado no ya como una unidad perteneciente a alguna clase sino como “un hombre de carne y hueso”, “un sujeto que toma decisiones”, etc. Su esquematización favorita era, pues, la siguiente:³

3 Dicha distribución de los términos puede parecer absurda a todo sociólogo educado en el estructural

Sociedad ↔ Estado (*Unificación*) (3A)

Sociedad ↔ Estado / Sujeto (*Oposición*) (3B)

En cambio, los militantes de nuestra época –los años 60 y 70– partidarios del nacionalismo socialista, del tercermundismo, unificaban, por un lado, a todos aquellos que pertenecían a la “burguesía aliada al imperialismo” u “oligarquía” para oponerlos al conjunto de los individuos que no pertenecían a dicha entidad, sean ellos trabajadores fabriles, pequeños empresarios o campesinos. Los primeros eran el “sistema” o “establishment” en tanto que los segundos eran normalmente rotulados como “pueblo”.

Esa semántica era muy variada ya que comprendía muchos sinónimos prácticamente intercambiables. Los aliados del imperialismo podían ser también denominados “cipayos” en tanto que los pequeños empresarios no aliados a los anteriores eran considerados como “burguesía nacional”.

Nótese que dichos escritores –si bien habían logrado amalgamar la semántica propia de muy diversas corrientes ideológicas existentes en el país– realizaban su clasificación de los colectivos y la caracterización de sus mutuas relaciones desde la óptica marxista de la lucha de clases. Lo “real” u “objetivo” era para ellos los intereses de clase. Los colectivos se constituían agrupando a las clases sociales para luego establecer nexos de colaboración/oposición entre aquellos. Ello permitía a quienes adhirieran a ese universo de discurso formular diagnósticos y pronósticos acerca de la conducta política de todos esos actores cuasi proféticas.⁴

La clase media o pequeña burguesía, por ejemplo, podía ser definida como el sector que vacilaba entre apoyar al pueblo o a la oligarquía. En cambio, podía darse por sentado que los campesinos no terratenientes –cualesquiera sean sus posiciones políticas en un momento dado– pertenecían “objetivamente” al pueblo y, por ende, iban necesariamente a

–funcionalismo debido a que esta escuela supone que el sujeto debe ser algo necesariamente socializado. Sin embargo está implícita en la teoría de un autor tan prestigioso como Alain Touraine. La adopción de una esquematización similar a la indicada en (3A) y (3B) le habilita a formular frases curiosas tales como “sólo la desaparición de la sociedad u orden social permite...”. Una distribución teórica igualmente sorprendente es la de Niklas Luhmann cuando declara que **el sistema social no está integrado por individuos**. Ver al respecto Touraine, Alain, *Igualdad y diversidad*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1998 y Luhmann, Niklas, *Sociedad y sistema: la ambición de la teoría*, Paidós/I.C.E.-U.A.B., Barcelona, 1984. Otra partición insólita fue la adoptada por Margaret Thatcher para quien **“la sociedad no existe”** debido a que sólo son reales el Estado, el mercado y las familias.

4 Las cuasi-profecías de extracción marxista son aquellos pronósticos que suelen estar encabezados por la frase “en última instancia sucederá X”.

apoyar al socialismo nacional cuando el sistema entrara en crisis.

Como es previsible, la posesión de ese repertorio permitía a los socialistas nacionales descalificar expeditivamente a quienes ellos consideraran que estaban fuera de esa corriente y a la vez organizar sobre una base común sus debates internos; es decir, separar a los enemigos y a “los que no vienen al caso” de los adherentes y posibles aliados. Por ejemplo: los existencialistas eran “individualistas pequeño-burgueses”. Los partidarios del comunismo soviético incurrían en el error de sostener que en el país existía una burguesía nacional dispuesta a romper con el imperialismo y la oligarquía y así por el estilo.

Un fenómeno interesante de estos procesos discursivos es que la modificación de la caracterización de cualquier colectivo catalizaba necesariamente la resemantización de todos los otros y, por ende, una relectura crítica de aquellos autores considerados como precursores. Así, por ejemplo, en los años 60 la modificación del papel del campesinado en los países del Tercer Mundo provocada fundamentalmente por la Revolución China obligó a los marxistas a replantear la “cuestión nacional” y, por ende, a releer las opiniones de Marx o de Lenin sobre el populismo ruso o los nacionalistas polacos.⁵

A menudo imagino a esos desplazamientos de los significantes que provocan la emergencia de nuevas constelaciones ideológicas, de nuevos significados, como fenómenos comparables al desplazamiento de las placas tectónicas de la corteza terrestre. Ellos conjugan procesos muy lentos, de larga duración, con acontecimientos súbitos y catastróficos tales como los terremotos y los tsunamis que pueden monopolizar la atención de las audiencias y modificar súbitamente sus mapas mentales.

De acuerdo a mi experiencia como investigador de la opinión pública que ha participado en diversas campañas electorales, **dichos desplazamientos del discurso político se producen casi todos los días aunque pueden pasar inadvertidos para el grueso del público aunque simultáneamente vayan modificando la manera como se refieren a la actualidad.** Puedo mencionar al respecto tres casos actuales que me parecen sumamente ilustrativos:

Ejemplo 1: “La ausencia del Estado”: En estos días todo el periodismo habla permanentemente de la reiteración de hechos delictivos violentos que ponen de manifiesto no sólo la ineficacia de las fuerzas policiales y de los jueces sino también la sospecha de que todos los funcionarios públicos participan de una verdadera organización delictiva. La difusión de esta frase hecha es un fenómeno relativamente reciente cuyo carácter insólito

⁵Por ejemplo: Spilimbergo, Jorge Enea, La cuestión nacional en Marx, Buenos Aires, 1^{ra} ed. 1962.

sólo puede ser percibido por los ancianos que alguna vez participaron de la semántica constitucional esquematizada en (2A) y (2B). ¿Cómo se explica que el Estado no exista si éste es el colectivo que conforma al pueblo argentino haciéndolo pasar de la condición de sujeto a la de predicado de las entidades políticas? Si el Estado está efectivamente ausente ¿cuál es el colectivo que observa en la actualidad que éste se ha fugado? La respuesta a esta última pregunta es para mí obvia: el testigo de la ausencia del Estado es la sociedad tal como ella está siendo ahora tematizada según el esquema (3B) anterior.

Ejemplo 2: “El movimiento peronista”: Una de las innovaciones más originales que Perón introdujera en los mapas mentales del escenario político de los argentinos hacia los años 40 fue presentar a su fuerza política como un movimiento nacional y popular que comprendía pero no se limitaba a ser un partido político. Él lo dice explícitamente en sus primeros discursos presidenciales: “El movimiento peronista no es un partido político; no representa una agrupación política” [...] “no representamos sólo los intereses sectarios ni partidarios; representamos sólo los intereses nacionales”.⁶

La introducción de ese nuevo colectivo en el discurso político implicó una notable mutación de lo que entonces se que entendía por acción política: a partir de ella las soluciones legítimas de todos nuestros males sociales no residía en buscar un acuerdo entre dirigentes partidarios autorizados a defender **intereses sectoriales** sino en asumir como obligatorias las **demandas de la generalidad** de los argentinos a la cuales se consideraba evidentes. “Donde hay una necesidad, nace un derecho” decía Evita. Para Perón el “interés general” dejaba de ser un **producto** de una negociación entre facciones para transformarse en un **dato**, en algo que debía estar a la vista de cualquiera que fuera mínimamente honesto.

Para los críticos liberales del justicialismo ese giro lingüístico implicaba una grave desvalorización de la acción partidaria al transformarla automáticamente en “sectarismo” o “faccionalismo” cuasi sedicioso y lo consideraron un invento fascista, corporativista y, por ende, antidemocrático y autoritario.

Naturalmente, todas esas sutilezas verbales carecen hoy de sentido y dudo de que alguien se interese hoy en este tema –antes tan debatido– de la supuesta orientación fascista del peronismo. Sin embargo, en estos días son frecuentes las circunstancias en las cuales dirigentes justicialistas disidentes ajenos al kirchnerismo insisten en que es necesario retomar la tradición “movimientista” de su partido. ¿A qué apuntan con esa frase aparentemente enigmática?

La explicación es, a mi parecer, también muy sencilla y gira en torno a una nueva oposición

⁶ Perón, Juan: opus cit., p. 116.

-que nadie sabe quién la inventó pero se ha impuesto- entre el “relato único del modelo nacional y popular de Cristina Fernández de Kirchner” y “otra manera más democrática y plural de entender al peronismo”.

El secreto de ese desplazamiento del significante “movimiento” es por demás comprensible intuitivamente: dado que esa palabra denota cambio, debate y puntos de vistas diferentes así como libertad de los integrantes de ese partido para defender los intereses que representan y decirlo en voz alta, retornar a ella significa en la práctica romper definitivamente con la hegemonía kirchnerista.

En este contexto, la restauración del “movimiento” peronista supone la reorganización de ese partido sobre la base de criterios no verticalistas, el abandono del personalismo, una actitud más tolerante para con los compañeros y eventuales competidores y un mayor respeto para con los reclamos de las diferentes clases sociales que integran la república. Cumple casi la misma función que los partidarios de la Cuarta Internacional asignaron a la frase “centralismo democrático” -un manifiesto oxímoron- cuando trataban de diferenciarse del estalinismo soviético.⁷

Lo curioso de ese viraje reciente es que, de alguna manera, supone un retorno simultáneo a una interpretación de la naturaleza de la acción política a la vez pre peronista -de la legitimidad de la conciliación de intereses- y a la “doctrina” peronista de la Tercera Posición y su rechazo a la premisa marxista de lucha de clases. También encierra, como es obvio, una resignada aceptación de las circunstancias políticas en las que se encuentra hoy el justicialismo luego de su derrota electoral en las elecciones presidenciales del año pasado.

Ejemplo 3: El reconocimiento sindical de los “movimientos sociales”: Los matutinos porteños del 9 de octubre de 2016 informaron que los representantes de los sindicatos que intentan constituir una Confederación General del Trabajo (CGT) unificada se habían reunido con dirigentes de algunos “movimientos sociales” existentes en el país: Barrios de Pié, la Corriente Clasista Combativa, la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular y el Movimiento Evita.

Esa noticia puede ser considerada como una referencia a una reunión más de las muchas que tienen lugar cotidianamente en nuestro escenario político. Sin embargo adquiere un significado especial cuando se la mira desde la óptica de los mapas mentales de los

⁷ La transformación de un término cualquiera en su antónimo es un fenómeno frecuente en la comunicación política. La frase medioeval inglesa “vested interests” -literalmente “intereses con investidura”- denotaba originalmente a aquellos integrantes de la nobleza autorizados para defender sus intereses legítimos. En la actualidad se la suele usar para hablar de intereses ocultos, de grupos o corporaciones, opuestos al bienestar general.

colectivos políticos.

En primer lugar, los ahora denominados “movimientos sociales” eran hace poco tiempo entidades políticas denominadas “piqueteros”. El uso del término académico de “movimientos sociales”, como algo diferente de los partidos o los sindicatos para designar dichas entidades barriales es algo relativamente reciente entre nosotros **y supone una suerte de reconocimiento formal de ellos de parte de la sociedad argentina.**⁸

Estimo que estamos aquí ante una novedad que tiene su origen en la práctica desarrollada por la administración kirchnerista de negociar con los piqueteros la distribución de planes sociales y otros tipos de subsidios para lograr su apoyo explícito al gobierno nacional y evitar desbordes. Muestra a las claras como un colectivo que existe de hecho –inicialmente cuasi-subversivo– logra ser disciplinado y naturalizado por un régimen democrático de orientación populista.

En segundo lugar, estoy convencido de que el cambio de un sustantivo familiar (“piqueteros”) por otro de filiación científica (“movimiento social”) que correspondió a ese fenómeno que los sociólogos denominan una **escenificación** de la redistribución del poder que supone el reconocimiento de la existencia activa de una nueva fuerza política.

En tercer lugar, lo anterior también nos muestra la estratégica función que tiene ahora entre nosotros la ciencia social como reservorio de términos “a la mano” que pueden ser empleados para cumplir tareas de integración simbólica o, si quiere, para dar cuenta de procesos de fragmentación sociocultural.

Desde esta perspectiva ¿cuál es la significativa mutación ideológica que supone la mencionada reunión entre las autoridades de la CGT y los ahora denominados “movimientos sociales”? Para percibirla debemos tener en cuenta dos datos históricos fundamentales, a saber: a), que el discurso sindical argentino ha estado desde hace décadas íntimamente vinculado a la tradición peronista y, b), que en ese contexto, la totalidad de los individuos a quienes se suponía en el pasado que representaban las entidades gremiales, tuvieran o no empleo, **debían ser** considerados como “trabajadores”.

Por dichas razones, la reunión de la cúpula de la futura CGT con los movimientos sociales no sólo implica un reconocimiento formal (proto-legal) de su participación en el escenario

⁸ El concepto de “movimiento social” fue elaborado para acomodar en un mismo colectivo tanto a los sindicatos y partidos como a otros grupos de presión hasta entonces poco atendidos por los observadores tales como los integrados por feministas, ambientalistas, etc. Estos últimos –caracterizados por su menor grado de organización que los anteriores– fueron rotulados como “nuevos movimientos sociales” a falta de un término mejor. Ver al respecto: Offe, Claus: Partidos políticos y nuevos movimientos sociales, Madrid, 1988.

público político sino también el reconocimiento estratégico de que, por ejemplo, a los gremios les sería hoy imposible firmar un pacto de gobernabilidad con el gobierno ni organizar un paro nacional sin la participación de aquellos. Se trata, pues, de una nueva vuelta de rosca al proceso iniciado por el kirchnerismo que está ocurriendo en estos días y que, sin dudas, ha venido para quedarse entre nosotros.

Todo lo desarrollado en páginas anteriores se refiere a las **operaciones simbólicas** que han venido realizando los comunicadores locales para definir los colectivos a los cuales puede un ciudadano pertenecer o no y las relaciones existentes entre ellos. Considero importante que el lector tenga en cuenta que este abordaje no ha incursionado en el análisis causal – histórico o funcional– de los procesos que han conformado nuestros mapas mentales.

La explicación causal de la emergencia de la sociedad es probable que esté relacionada con la institucionalización profesional de la sociología, la difusión de las encuestas, el desarrollo de las redes sociales y un sinnúmero de manifestaciones de protestas organizadas entidades civiles no partidarias destinadas a reclamar por una gran variedad de problemas imputados al fracaso del Estado. Es decir, confluyeron en este fenómeno lingüístico desde una prolongada sucesión de acontecimientos de muy diversa índole hasta procesos más viscosos tales como el desarrollo de nuevos géneros comunicacionales y la difusión de nuevas tecnologías de transmisión de datos.

Hace “apenas” 50 años el gobierno era el principal, o el único, productor de estadísticas sociales y económicas y los partidos políticos elaboraban sus programas preelectorales a través de un laborioso proceso assembleísta. En la actualidad, una parte sustancial de los datos que manejamos para saber qué somos o cómo andamos así como los programas partidarios, son elaborados por consultoras o universidades. En este sentido, la “historia oficial” es actualmente una porción mínima y decreciente de la masa de historias que circulan en el escenario público.

Dichos estudios genéticos-funcionales suponen asimismo para un sociólogo una comparación paralela entre la semántica aplicada por los emisores de mensajes intercambiados en cada período con las conductas observables de los individuos. Todas las categorías sociales, como es sabido, corren permanentemente el riesgo de dejar de ser conceptos compartidos que guían la conducta de la ciudadanía para pasar a ser locuciones “políticamente correctas” que nadie actualiza y pocos sienten como obligatorias en su fuero íntimo. Tampoco están aquellas ligadas entre sí por nexos lógicos taxativos y unívocos a la manera de las cláusulas de un teorema. Los argentinos reclamamos siempre la mayor

cantidad y la mejor calidad de los servicios públicos pero ello no implica que los evasores tributarios experimenten graves problemas de conciencia.

Abordemos ahora otro aspecto de índole más metodológica de las páginas anteriores. Un ingrediente crítico de mis esquematizaciones son las relaciones entre colectivos que indiqué en itálica o bastardilla: “*absorción*”, “*oposición*” o “*anulación*”. Confieso que dichos conceptos fueron elaborados “sobre la marcha”, es decir, para dar cuenta de la estructura de unos pocos ejemplos que eligiera *a priori*.

Sin embargo, cuando realizaba esa tarea fantasee inmediatamente en la necesidad de elaborar un listado exhaustivo o, por lo menos más extenso, de las relaciones entre colectivos. Imaginé a ese listado como algo similar a las aburridas tablas de figuras retóricas que pueden hallarse en la web. Sin embargo, a poco de empezar a reflexionar sobre este tema decidí abandonar dicho proyecto.

Lo único que puedo decir al respecto es que me pareció que los trabajos realizados por algunos sociólogos para formalizar las relaciones sociales entre colectivos y esclarecer por ese medio qué es la solidaridad o la integración social podrían servirme como modelo para avanzar en este campo.⁹

Para terminar: Recomiendo a los sociólogos y analistas de discursos realizar análisis similares a los arriba presentados. Mi experiencia es que pueden ser muy útiles cuando uno está interesado en comparar teorías de diferentes autores. Como es sabido, la sociología es una disciplina en la cual muchos de sus autores tienen el fastidioso hábito de referirse a entidades muy diferentes empleando palabras similares y a la inversa. Otro tanto sucede con los periodistas y dirigentes políticos si bien, en este caso, ellos no están obligados a actuar de manera tan sistemática como un científico social ya que no sólo desempeñan una función cognitiva sino también expresiva.

Buenos Aires, 12 de octubre 2016.

9 Son los autores que orbitan en torno a la categoría de “capital social” acuñada originalmente por Pierre Bordieu. Puede encontrarse una reseña de las teorías de esta escuela en Wikipedia/Social Capital. Lo que me llamó la atención fueron los conceptos de *bonding*, *bridging* y otros por el estilo desarrollados por esos autores.